

to en lo que se refiere á la materialidad de los hechos, no lo es en cuanto al espíritu de la historia. Todos saben que doña Marina fué para Cortés, durante la conquista, consejera hábil y de precio incalculable en todas ocasiones. Al hacerla figurar sugiriendo al conquistador ideas salvadoras en casos críticos, he dado á su carácter el significado que le corresponde.

—Eso no lo niego, repuso don Valente inclinándose con dirección á Berta. Lo único que hallo un poco exagerado, es lo de hacer morir á la Malinche en los momentos mismos de la toma de México.

—Esa parte es la menos vulnerable del libreto, replicó don Teodomiro, pues sabidísimo es que, después de la toma de la plaza, cayó doña Marina en una oscuridad absoluta. Si casó con el Capitán Jaramillo y aun sobrevivió á don Hernando, como se dice, es incuestionable que, terminada la Conquista, quedó muerta para la historia. La "ficeón" del libreto expresa bien ese "conceto;" no me negará usted que pocos saben lo que fué de la Malinche después de esa fecha.

Iba á replicar Becerril; pero no se atrevió al fin, al observar que Berta le miraba con patente mal humor, y que el concurso le era desfavorable. Así que, rindiendo las armas, concluyó:

—Estoy convencido; ustedes han estu-

diado bien el punto, mientras á mí me coge de nuevo. No he hecho más que decir lo primero que se me ha ocurrido, y todo con buena intención: ustedes perdonen.

—¿Queda, pues, aprobado el argumento? preguntó Joaquín.

—Aprobado, repusieron todos en coro.

II

Un gran proyecto

—En tal caso, prosiguió Sandoval, voy á dar á conocer á ustedes un poco de la música.

Diciendo así, sentóse al piano, y Berta se puso en pie junto á él para cantar.

—Un momento, interrumpió Torrentera; antes de comenzar la audición, desearía tener alguna idea del carácter general de la obra.

—¿Qué desea usted saber? preguntó Joaquín.

—¿Ha introducido usted en ella la polifonía, ó conserva los procedimientos de la música italiana? ¿Da lugar prominente á la orquesta, ó la trata como simple y secundario acompañante del canto?

—He introducido la polifonía, repuso Sandoval con sencillez.

—¿Y ha cerrado usted la puerta al "bel canto?" interrogó don Angel escandalizado.

—Nó, intervino Berta; pues en tal caso, no me hubiera dejado lugar para tomar parte en ella. No soy soprano dramática.

—Esa razón, señora mía, saltó Becerril sonriendo, podrá ser buena desde el punto de vista amoroso.

—Aun sin eso, prosiguió la joven, Joaquín nunca hubiese suprimido las arias, porque en ellas se lucen las buenas voces y la buena vocalización.

—Pero, replicó Becerril, hay que tomar algún partido: ó el de la escuela de Wagner, donde no hay más que dramatismo, ó la del "bel canto," donde no hay más que floreos y gorgoritos.

—Yo estoy por el "bel canto," manifestó Blanco con decisión. ¿Que puede haber más hermoso que "Lucía," "Norma," "Lucrecia" y "El Barbero," interpretadas por la voz de las inspiradas primas donnas, de las estrellas espléndidas del arte?

—Piensa usted así, amigo Blanco, replicó Torrentera, porque en las óperas de ese estilo, hay vasto campo para que se luzca la flauta, acompañando á las cantantes en sus difíciles modulaciones y juegos de garganta; lo que no pasa en las óperas polifónicas.

—Nó debo negar, repuso don Angel, que me duele ver relegado á término secundario el instrumento que tocó, que es el más noble y antiguo de todos, el primero, tal vez, que sonó en el mundo, el que fué honrado en Grecia y Roma, y acompañó en las remotas edades, las ceremonias religiosas, las declamaciones trágicas y hasta los discursos de los oradores. Gozo infinitamente cuando, en medio de la sumisión de la orquesta, voy acompañando con mi pequeño y sonoro instrumento, la voz argentina de las sopranos, cuyas dulces y vibrantes notas procuro secundar y subrayar con mi ejecución. Me absorbe á tal punto, en esos casos, la dulce tarea, que no sé si me hallo en cielo ó en tierra. Por eso no me explico que la "escuela del porvenir" se empeñe en suprimir esas sublimes manifestaciones del arte, que tanto elevan el espíritu y son tan del agrado de todos... ¿Quién ha compuesto cantos más dulces, inspirados ni sentidos que Bellini, Donizzetti y Rossini? La música, sabia jamás logrará sobrepujar ni igualar siquiera las deliciosas concepciones de esos maestros.

—Conocida es la constante oposición en que don Angel y yo andamos sobre ese tema, repuso Torrentera dirigiéndose cortesmente al concurso. Yo sostengo y sostendré siempre, que la voz

humana no debe ser más que la de uno de tantos instrumentos de la orquesta, ya que es necesario admitirla en la ópera; aunque, considerada por su timbre y alcance, es de naturaleza inferior á casi todos los otros instrumentos.

Vientos tempestuosos empezaron á soplar en aquel punto en el saloncito. Don Pomposo estaba en carácter lanzando grandes palabras y altísimas voces; pero el mansísimo don Angel se salía de su tono defendiendo su tesis con inusitada energía. El hecho no era raro ni nuevo, pues la dulcísima música ha sido ahora y siempre causa de grandes disturbios en el mundo. Apolo y Mercurio lucharon encarnizadamente por el predominio de la lira de tres ó siete cuerdas. "Nunca cambia el estilo musical, decía Platón, sin que sufran alteración los principios del Estado." Se necesitaría la musa del poeta Ferécrates, detractor de las novedades introducidas en Grecia por Melamípedes, Cinesias y Frimis, para narrar con exactitud el tremendo debate suscitado entre Blanco y Torrentera.

Para cortar la discusión, que amenazaba no acabar nunca, intervino Berta:

—¿Me permiten ustedes? preguntó suavemente.

—Sí, por supuesto, repusieron cortemente los oradores.

—Soy ignorante en cosas técnicas, pro-

siguió la joven; pero, á mi juicio, no hay instrumento capaz de traducir los sentimientos del corazón tan fielmente como la voz humana. La música no se ha hecho para oídos distintos de los del hombre. Los amantes del arte y las personas sensibles, preferirán siempre á cualquier otra, la música y la ejecución que más los conmuevan. Por más perfeccionados que supongamos los instrumentos musicales, y por más brillante que sea la ejecución de quien los toque, jamás podrán aquéllos, ya sean de viento, cuerda ó arco, igualar el acento humano en la expresión de las emociones.

—Permítame usted felicitarla, señora mía, dijo adulatoriamente Becerril, dirigiéndose á la joven; lo que acaba usted de decir es toda una teoría de arte, y se basa en muy sólidos fundamentos. Se conoce tiene usted, además de garganta y belleza, buen talento y discurso....

Berta no se dignó siquiera volver el rostro para darle las gracias.

—Sólo que esa teoría, insistió Torrentera, podría llevarnos muy lejos: hasta la falsedad de la escuela del siglo XVIII, hasta los caprichos de las sopranos de principios de este siglo, hasta la tiranía de los virtuosos, que obligaban á los compositores á producir música de arabescos y fioriture, destinada exclusivamente al lucimiento de sus voces.

—Sin embargo, don Pomposo, objetó Berta, fijese usted en que en esos tiempos florecieron la Malibrán, la Pasta, la Sonntag, la Mainvielle-Fodor y la Persiani, de quien se dice que era la vocalización misma hecha mujer....

—Y Rubini, Lablache, Tamburini y los dos Ronconi, nunca igualados por tenores, baritonos ó bajos de tiempos posteriores, agregó Blanco.

—Es verdad, repuso Torrentera; pero si á eso nos atenemos, podríamos retroceder hasta la época de los hombres-mujeres, sujetar la ópera á los caprichos de algún Caffarello, y apelar de nuevo á los medios salvajes que produjeron á Ferri, Canessino y Crescentini.

—Eso no lo puede responder, murmuró Berta enfadada, porque no lo entiendo.

—¡Crímenes, infamias del papado! exclamó Becerril.

—Dirá usted de la "calúnea," protestó don Teodomiro con indignación.

—Serán de la historia en todo caso, afirmó don Valente amostazado; sabido es que en la Capilla Sixtina no podían entrar las mujeres, y cantaban hombres preparados por la cirugía para adquirir acento femenino.

—Vulgaridades, replicó don Teodomiro con inmenso desprecio. Varios Pontífices, y entre otros Juan XXIII, no sólo

reprobaron que los hombres cantasen con voz atiplada, sino declararon ser necesario que lo hiciesen con acento varonil. Clemente XIV llegó hasta permitir que las mujeres cantasen en el templo, con tal de lanzar de ahí á los ridículos sopranos.

Becerril iba á responder, cuando Berta le cortó la palabra.

—No entiendo, volvió á decir, lo que acaba de expresar el señor (aludiendo al periodista), ni me agrada oír hablar de ese modo de los Sumos Pontífices..... Por otra parte, no he querido sostener que el canto humano deba ser el único en la ópera; sino sólo que, cuando es buena la voz y está bien amaestrada, produce mayor deleite y emoción en el auditorio, que el violín, el clarinete ó cualquier otro instrumento, por lo cual merece algún privilegio en la polifonía.

Don Valente esquivó toda discusión con Berta; pero aun continuó el debate entre Blanco y Torrentera, porque ambos eran testarudos; y hubiérase prolongado por tiempo indefinido, á no haber exclamado Joaquín:

—Señores, mi partitura no da motivo para tantos comentarios, pues mi método todo lo concilia. Acepto la polifonía y el "bel canto"..... Soy ecléctico y no sistemático. La mayor parte de mi obra es polifónica; pero en algunos pasajes, doy

á la voz humana el primer papel, para que luzca sus excelencias.

—¡Debilidad! exclamó Torrentera, permítame que se lo diga.

—Cálculo, don Pomposo, replicó Joaquín serenamente; todo lo he pensado con madurez.

—¿No habrá resultado falta de homogeneidad de esa mezcla? preguntó Becerril.

—Ustedes mismos lo dirán, contestó el interpelado.

—¿Está ya instrumentada la ópera? inquirió Torrentera.

—Con auxilio de vecinos, repuso Joaquín: mi maestro (aludiendo á don Teodomiro) me ha hecho el favor de ayudarme para ello.

—La base de la orquesta debe estar en los violines, observó sentenciosamente el periodista.

—Así es, contestó Gómez y Pérez con frialdad.

Anduvieron de mano en mano los papeles de la partitura. Torrentera y Blanco los examinaron con atención de conocedores, y hacían señales de aprobación al recorrer rápidamente sus páginas. Becerril los examinó también, aunque no entendía jota de lo que significaban aquellas rayas horizontales, aquellas notas circulares ó en forma de vírgula, y tantas figuras y notaciones curvas, rectas, que-

bradas y angulosas. En seguida comenzó la audición. Don Teodomiro sacó de la caja el Stradivarius, Torrentera tomó el violoncello y Blanco la flauta; y los tres se aproximaron al piano. Así se improvisó un cuarteto de verdaderos profesores.

Joaquín dió á conocer primeramente la brillante y magnífica obertura, en la cual, en medio de una constante riqueza de temas y armonías, se oía la voz lejana de la Malinche (Berta), preludiando el despertar de la Virgen América.

—¡Magistral! exclamó don Teodomiro satisfecho al concluir aquella parte, sacando el violín de debajo de la barba. Weber mismo no se desdeñaría de firmar esta obertura.

—¿Tanto así? preguntó Becerril.

—Como usted lo oye; sin "esageración" de ninguna especie, repuso don Teodomiro con aplomo.

Don Valente, á quien no complacían los triunfos de Joaquín, se contentó con encogerse de hombros, habiendo tenido la desgracia de ser sorprendido por los ojos de Berta en aquel flagrante delito. Después de la obertura, siguió la ejecución de otras partes de la ópera (arias de soprano y dúos principalmente), en las cuales Joaquín hacía de tenor "sotto voce." También fueron desflorados unos cuantos tercetos, en los que don Teodomiro tala-

reaba las partes del baritono ó del bajo con voz cascada y débil, pero bien afinada.

—¡Bravo! ¡bravísimo! gritaba entusiasmado Torrentera, haciendo zumbiar el arco sobre las conmovidas cuerdas del violoncello.

—¡Sublime! suspiraba don Angel con ojos escorizados y lacrimosos, al separar la flauta de los contráidos labios.

—¡Bien, Berta! ¡Canta usted como un ángel! clamaba Becerril con adulator entusiasmo.

Así continuó la sesión, en medio de un torrente de notas y una casacada de armonías, hasta que, dada la media noche, fué preciso suspenderla, en consideración á las ocupaciones del siguiente día, pues todos los presentes vivían de su trabajo, y tenían que levantarse temprano. Gómez y Pérez, Torrentera y Blanco declararon para concluir, que la composición era inspiradísima y de una factura acabada; que hacía honor á Fópoli, al Estado y á la República, y que estaba destinada á abrir nuevos horizontes al arte nacional. Maravilláronse, además, de que Joaquín hubiese sabido aliar tan hábilmente en ella, la escuela wagneriana con la del "bel canto." Mientras se charlaba y se refrescaban las frentes ardorosas, la dueña de la casa, radiante de alegría, sirvió con sus blancas y perfiladas manos, té caliente en

tacitas de porcelana, tomándolas una á una, de reluciente bandeja que trajo del comedor. Al lado del brillante servicio, figuraba el frasco de coñac, metido en guarnición "christofle;" el cual néctar fué también escanciado en diáfanos copitas, para deleite de aquel Olimpo de futuros inmortales.

—Conocida la música, dijo Joaquín enjugándose la frente con el pañuelo, y supuesto que ha sido aprobada, voy ahora á comunicar á ustedes un extravagante y loco proyecto que Berta y yo traemos entre manos. ¡Poner la obra en escena!

—¡En este rincón del mundo! vociferó Becerril abismado.

—Sí, señor, repuso Sandoval; locura si usted quiere, pero tal es nuestra idea.

Berta, nerviosa y tímida, escudriñaba los rostros de los circunstantes, como niño que implora una concesión.

—A decir verdad, saltó Torrentera, juzgo difícil la realización del proyecto.

—¡Ojalá no lo fuera! suspiró Blanco.

—Yo no lo veo difícil, repuso don Valente, sino imposible.

—¡Cómo imposible! terció don Teodormiro indignado. ¿Por qué ha de serlo?

—Porque Fópoli no está más adelantada que la capital de la República, y ni aun en Méjico mismo se ha representado hasta hoy una ópera nacional.

—Eso no es verdad, replicó don Teodomiro.

—Sí lo es, insistió Becerril.

—No está usted bien informado, continuó Gómez y Pérez desdeñosamente.

El periodista movió la soberbia cabeza en forma de duda.

—Varias son las óperas mejicanas que á la fecha se han cantado ya en la Metrópoli, prosiguió el anciano. Desde luego tenemos á "Ildegondo," del inspirado maestro Melesio Morales, la cual se estrenó en 1866; á esa obra siguió "Giño Corsini," del mismo autor, que acaba de ser cantada por nuestra diva Angela Peralta.

—¿Y qué tal? ¿Cómo fueron recibidos por el público esos engendros? preguntó el periodista procurando salirse por la tangente.

—Con gran entusiasmo, contestó don Teodomiro; tanto que el autor fué no sólo aplaudido y ovacionado por el público, sino enviado después á Europa por uno de sus admiradores, en premio á sus triunfos.

—Esas obras deben ser buenas para aquí, pero muy medianas ó deficientes para otras partes, observó Becerril con marcado desprecio.

—Todo lo contrario, continuó don Teodomiro, pues "Ildegonda" fué cantada en el teatro Pagliano de Florencia, é inter-

pretada por artistas de primera fuerza; y aquel público refinado la acogió con nutridas salvas de aplausos. Los críticos de Arte, además, le tributaron calurosos elogios.

—¡Está usted de buen humor esta noche! exclamó don Valente riendo de buena gana.

—No lo crea; sólo defiendiendo los fueros de la verdad, replicó el anciano.

—Pues parece broma.

—Pero no lo es, sino cosa seria.

—En tal caso, dijo Becerril, no hay que hablar más de ello; debe ser como usted lo dice. Con todo, insisto en la imposibilidad de dar á la escena en Fópoli, no digamos "Doña Marina," sino cualquier ópera.

—Usted tendrá sus razones.

—Por de contado, y voy á expresarlas. No contamos con cantantes de primera fuerza para los papeles principales, ni con suficiente personal para los coros.

—Como tenor, pudiéramos echar mano de Arcadio Méndez, cantor de la Catedral, murmuró Joaquín.

—Supongámoslo; y para los otros papeles? insistió don Valente.

Los presentes se miraron perplejos los unos á los otros. En vano recordaron nombres y analizaron voces y méritos, pues acabaron por reconocer que, en efecto, no había suficiente número de eje-

cutantes en Fópoli para llenar aquella exigencia.

—Tiene usted razón, señor “pereodista,” dijo don Teodomiro con amargura; no tenemos gente á quien apelar.

—No es eso todo, prosiguió don Valente; la empresa sería mucho más costosa de lo que parece, porque reclamaría decoraciones, attrezzo y sueldos, que importarían un dineral.

La observación obligó al grupo á considerar la cuestión bajo aquel nuevo aspecto, y resultó más intrincada y difícil todavía que bajo cualquier otro. Era sorprendente cómo don Teodomiro, á pesar de su experiencia, no había parado mientes en aquel obstáculo tan saliente y de bulto; de Joaquín no había que extrañarlo, dados sus pocos años. Estaba á la vista que ambos eran un par de cándidos, sin pizca de malicia ni barruntos de “mundología;” un ciego conduciendo á otro ciego.

—Desgraciadamente, concluyó Gómez y Pérez dirigiéndose á don Valente, tiene usted razón también ahora. Hubiera sido la cosa más sencilla del mundo hacer estas reflexiones desde el principio; pero Joaquín no tiene de ello la culpa, sino yo, que le sugerí idea tan descabellada. Y es que todo lo veo con los ojos de la “esaltación” y al través de mi “carácter” volcánico.

—¡Ya había yo sospechado eso! murmuró Becerril por lo bajo burlonamente. El noble viejo fingió no oírle, y siguió diciendo:

—Cruzamos un “pereódo” de “transición” muy triste para el arte, y los que le amamos de corazón y vivimos de él, sentimos que nos “asfiseamos” en esta “atmósfera.” Nadie nos comprende ni nos tiende la mano.

—Eso no, saltó don Valente. ¡Eso de no comprender á ustedes!...

—Me refiero á la sociedad en general, y no á casos particulares, continuó don Teodomiro. Sobre todo, señor, me quejo de la falta de “protección” en que gime el arte entre nosotros. Y hay que desengañarnos: el arte para florecer necesita la ayuda de los poderosos: Papas, Obispos, Emperadores, Reyes ó simples “manates.” Así ha sido siempre. Los reyes de Asiria y “Egito” le asociaban á sus ceremonias; en Grecia “inspiró” el pean sagrado del sacerdocio.

—¡Llaneza, llaneza, muchacho! vociferó riendo el periodista; no se encumbró usted tanto.

Pero don Teodomiro, que se enajenaba y salía fuera de sí cuando de música se hablaba, se contentó con lanzar una mirada olímpica á Becerril, y continuó diciendo:

—Sí, el divino arte ha necesitado para

florecer, sostén y aliento de los poderosos; sin ellos, no hubiera salido nunca de la infancia. En Roma, fué honrado y cultivado por emperadores y patricios: Sila cantaba, Pisón tañía la citara, Nerón era citarista y cantor, Heliogábalo y Alejandro Severo, organistas y trompetistas. Los Sumos Pontífices le dieron asilo en sus palacios y basílicas; Carlos "Mano" lo cultivó con deleite; los bárbaros lo vieron con amor; el rey de Chipre ciñó con corona de laurel la cabeza de Landino el Ciego.

Gómez y Pérez, dominado por su pasión favorita, hablaba como enajenado, y amontonaba datos y noticias al acaso y en gran profusión.

—Está usted hablando de cosas muy antiguas, interrumpió Becerril con sorna. Ahora los músicos corren su suerte, sin apelar á la Iglesia ni al Gobierno.

La interrupción sirvió sólo para espolpear la verbosidad de don Teodomiro. Sacudió éste la cabeza, y extendiendo la mano hacia su contradictor, continuó diciendo:

—Debemos ver las cosas desde su origen.

—No divaguemos, replicó don Valente. Hablemos solamente de la ópera y dejemos aparte á asirios, egipcios, griegos y romanos.

—Sea como usted lo quiere, señor "pe-

reodista," repuso el maestro. Hablémos, pues, sólo de la ópera.

Guardó silencio breve espacio y á poco siguió diciendo con gran énfasis:

—Hace tres siglos, todas las ciudades italianas tenían círculos literarios ó artísticos protegidos por grandes señores, como los Médicis y los duques de Mantúa y de Ferrara. El conde de Vernio, que era florentino, reunió en su torno y alentó con su ayuda, por aquella época, á la pléyade de poetas, músicos y cantantes que crearon la ópera, y entre otros á Galileo, Rinuccini, Mai, la familia Caccini y algunos otros beneméritos del arte. De ese grupo salió la música recitativa, precursora de la ópera. En las bodas del Gran Duque Fernando de Toscana con Cristina de Lorena, representaron aquellos artistas, cinco intermedios que fueron muy aplaudidos; pero el acontecimiento magno tuvo lugar en el matrimonio de Enrique IV con María de Médicis, cuando se representó en el "Paláceo" Pitti, la fábula de Peri y Caccini llamada "Eurídice." Poco tiempo después se estrenó en Mantua el "Orfeo" de Monteverde para celebrar las bodas de Francisco de Gonzaga con Margarita de Saboya. Una y otra obras fueron como bosquejo de verdaderas óperas. Bajo tales auspicios nació esta gran "creación," la cual, durante largos años, fué oída sólo en los "palaceos," y

á expensas de regios Mecenas. La República de Venecia la llamó á su seno poco después, de una manera oficial, y subvencionó también espléndidamente á las compañías. Ahí fué donde, bien entrado ya el siglo XVII, se abrió al público en general, por primera vez, ese "espetáculo." Todavía hoy el rey Luis II de Baviera protege á Ricardo Wagner para que desarrolle su genio, y "construye" para sus óperas el teatro de Beireuth.

Gómez y Pérez se interrumpió, un tanto fatigado por lo largo del discurso y las altas voces en que lo había pronunciado. Don Valente se aprovechó de la pausa.

—Todo eso está muy bueno, repuso; pero noto que venimos á quedar siempre en lo mismo. La ópera del señor Sandoval no podrá representarse, porque no contamos con la protección de los reyes de Babilonia y Tebas, ó bien con la de los Césares, Papas y príncipes.

—Lo que se desprende de mi "demonstración," replicó don Teodomiro, es que el gobierno del Estado debería subvencionar á Joaquín para el estreno de su ópera.

—El presupuesto no tiene partida para esos gastos, objetó con frialdad don Valente.

—He ahí el error, declaró don Teodomiro con gravedad; pues ¿quién duda que sería buen negocio para el "país," el fo-

mento de las "escelentes disposiciones" de los mejicanos para el arte? Méjico podría convertirse en la "Itálea" de las Américas con sólo que lo quisiesen nuestros gobiernos; de aquí saldrían cantantes é "instrumentistas" de primera fuerza para todo el continente, y tal vez hasta para la misma Europa.

—Como quiera que sea, la verdad es que carecemos de elementos para poner en escena obras nacionales.

—Sobre eso no hay "cuesteón," repuso don Teodomiro; tengo la suficiente franqueza para reconocerlo.

—En tal caso, terminó don Valente con petulancia, bien podemos dar á nuestra conversación el título puesto por Shakespeare á una de sus comedias: "Mucho ruido para nada."

Don Teodomiro se contentó con encogerse de hombros.

Hubo un momento de silencio; Berta lo interrumpió diciendo:

—¡Qué tristeza, Joaquín, que no pueda ser representada tu ópera!

—Sí, repuso el joven con voz sorda; es muy triste, tristísimo.

Y cayó en un abatimiento tan doloroso como fácil de explicar. Los que han pasado la existencia bajo el dominio de una idea fija y con la atención reconcentrada en un solo objeto, corriendo siempre en pos de un empeño, como la mariposa en segui-

miento de la luz, trabajando y sufriendo, pero alentados por una fe inquebrantable en el porvenir; los que han vivido al amparo de una ilusión, y la ven desvanecerse de pronto, podrán medir la intensidad del desencanto del joven. Al comprender que había trabajado y soñado inútilmente y que no lograría nunca hacer llegar su obra al conocimiento del público, sentía una amargura intensa, pues comprendía que iba á caer con él en el sepulcro, como niño muerto en el seno de la madre, antes de nacer. Pasaron instantes penosos de abatimiento y silencio. Don Teodomiro buscaba en los rincones de su agitado cerebro, algún recurso que le permitiese llevar el consuelo á aquellas almas atribuladas.

—Se me ocurre una idea, dijo al cabo golpeándose la frente con la diestra,

—¿Cuál, maestro? preguntó Joaquín alentado por una remota esperanza.

—Una medida de "transacción," repuso Gómez y Pérez; dar al público, en vez de toda la ópera, un gran concierto vocal é "instrumental," introduciendo en él partes "seletas" de "Doña Marina." Con el "producto" de esa "función," se preparará la "representación" de la ópera; y si no basta un concierto, se dan dos ó tres, todos los "necesáreos."

—Ya que no es posible otra cosa, observó Joaquín, me contento con eso. El

público oirá, al menos, parte de mi música.

—Para llegar desde luego á algún resultado, ya que está aceptada la propuesta, continuó don Teodomiro, formemos desde luego el programa. Sé por experiencia "própea" que, cuando no se hacen así las cosas en este "país," todo queda en palabras.

—Acertado me parece, repuso Berta; así, una vez hecho eso, nos pondremos á estudiar nuestras partes desde mañana. Quiero cantar entre otras cosas, las arias de la obertura y del primer acto de la ópera de Joaquín.....

—Yo reclamo la honra de acompañar á usted con la flauta, insinuó don Angel.

—Conque manos á la obra, dijo don Teodomiro poniéndose á la cabeza del movimiento; en un cuarto de hora podemos formar el "proyeto".... A ver, Joaquín, dame recado de escribir....

Acercó la silla á una consola, cuando Joaquín le proporcionó lo que pedía, y continuó diciendo:

—Ustedes mandan. Opino, desde luego, que el concierto, para no ser cansado, "conste" sólo de dos partes, y cada una de ellas, de seis números á lo suamo. Si lo hacemos más largo, se nos enfada el público; "demaseado" le conozco.

Discutido y aprobado el programa, quedó escrito en esta forma por el mismo Gómez y Pérez:

PROGRAMA

del gran Concierto Vocal é «Instrumental»
que, organizado por un grupo
de amantes del arte, se dará el en
el teatro Alarcón.

PRIMERA PARTE.

- I. Obertura y aria de la ópera "Doña Marina," inédita del autor mejicano.... *Joaquín Sandoval.*
—Orquesta, Berta Cabañas de Sandoval y Angel Blanco.
- II. *La Chacona.*—*Veolín.*—*Bach.*
—Teodomiro Gómez y Pérez.
- III. Sonata en sí bemol menor, para *peano*..... *Chopin.*
—Joaquín Sandoval.
- IV. Sonata para *veoloncello*.. *Bach.*
Pomposo de la Torrentera.
- V. *Area* de la sombra de Dinora..... *Mayerbeer.*
—Berta Cabañas de Sandoval.
- VI. Obertura de Freichutz.. *Weber.*
—Orquesta.

SEGUNDA PARTE.

- I. Segunda *rapsódea* para *peano*..... *Liszt.*
—Joaquín Sandoval.

- II Concierto para *veolín* y orquesta..... *Mendelsshon.*
—Teodomiro Gómez y Pérez.
- III. Sonata *apaseonada* para *peano*..... *Beethoven.*
—Joaquín Sandoval.
- IV. *Area* para soprano, del primer acto de "Doña Marina" (canto y flauta).... *Joaquín Sandoval.*
—Berta Cabañas de Sandoval y Angel Blanco.
- V. Sinfonía pastoral..... *Beethoven.*
—Orquesta.

—Se entendié, observó Sandoval, después que don Teodomiro hubo concluído de escribir y leer, que el proyecto queda sujeto á variación.

—Por supuesto, repuso el periodista; pero creo que está muy bien así; clásico, variado, sobrio.

Y luego agregó, dirigiéndose á don Teodomiro:

—Maestro, ¿me hace la gracia de pasarme el papel para copiarlo? Mañana lo publico en mi semanario.

—Aquí lo tiene, repuso Gómez y Pérez alargándoselo.

Entretanto que el periodista escribía, hizo don Teodomiro la distribución de los futuros trabajos.

—Se necesitan, dijo, cinco "comiseo-

nes" para desempeñar las labores de la empresa; las cuales, si ustedes lo aprueban, podrán quedar formadas del modo siguiente: "comiseón" de orquesta, yo; "comiseón" de alumbrado, don Angel; "comiseón" de "decoraciones" teatrales y papeleta, don Pomposo; "comiseón" de ornato, Joaquín; "comiseón" de imprenta y "publicaciones," don Valente.

Aprobada por acuerdo general aquella distribución, concluyeron los trabajos de la noche, y se levantó la sesión. Ya en pie, habló Becerril con aire misterioso.

—Ahora que hemos terminado nuestros acuerdos con relación al concierto, dijo, voy á comunicar á ustedes una cosa muy grave, y que acaso ignoran.

—¿Qué? preguntaron con vivo interés los presentes.

—Que ha comenzado en el Congreso Federal, prosiguió, la discusión de una ley que tiene por objeto expulsar del país á las hermanas de la Caridad.

Una bomba no habría causado mayor sorpresa en el auditorio.

—¿No es posible! clamó Berta.

—¿Será algún proyecto descabellado de cualquier diputado que desee medrar con el escándalo! saltó don Teodomiro.

—No, insistió el periodista; la cosa es seria, pues parece que la iniciativa está apoyada por el Gobierno.

—A pesar de todo, protestó Sandoval,

es imposible que obtenga el voto de la mayoría.

—Ni en el país ni fuera de él, hay institución más popular ni benéfica que esa, afirmó Torrentera.

—No crea usted, prosiguió don Valente; se le hacen cargos muy graves.

—¿Todos infundados! protestó don Teodomiro sentenciosamente.

—¿Vaya usted á saberlo! insistió Becerril.

—Joaquín y yo lo sabemos bien, repuso Berta, pues somos hijos de la caridad.

El periodista calló, no queriendo entrar en discusión con la joven.

—¿Pero de qué las acusan? preguntó Joaquín.

—De muchas cosas, prosiguió don Valente; en primer lugar, de fanatizar al pueblo.

—¿Esas son palabrotas! murmuró don Teodomiro.

—No hacen más que socorrer y consolar al desvalido, agregó don Angel.

—Aparte de eso, continuó Becerril, se dice que empobrecen al país mandando á Roma todo el dinero que cae en sus manos.

—¿Cómo ha de ser cierto eso, objetó Sandoval, si por ellas viven todos los pobres de Fópoli!

—No quito ni pongo rey, repuso hipócritamente el periodista al notar la hosti-

lidad del auditorio; trasmíto la noticia tal como acabo de leerla en los periódicos....

—Dios no ha de permitir tamaña injusticia, murmuró Berta.

—La expulsión de las Hijas de San Vicente es imposible, declaró Joaquín con énfasis.

Becerril se encogió de hombros.

Se recogieron sombreros y abrigos, y el grupo de visitantes se dirigió á la puerta de salida, acompañado por los dueños de la casa. Don Valente se sentía algo mareado por los efectos combinados de la música, la presencia de Berta y los humos del coñac, del que se había servido por propia mano varias copitas. De todo ello había resultado que se exaltase en él la fibra amatoria, que era el flaco, ó si se quiere, el fuerte de su noble corazón. Sin duda por eso se atrevió aquella noche á lo que nunca había osado; y fué que, quedándose para lo último, cuando todos se despidieron, al tomar entre las suyas la blanca y suave mano de Berta, la estrechó fuerte, larga y sensualmente á favor de la obscuridad. Era la primera vez que la joven se sentía víctima de una osadía semejante, y el atrevimiento de Becerril la ofendió mucho; de suerte que retiró vivamente su mano, sacudiéndola con ira, y su primer movimiento al cerrar la puerta, fué el de quejarse con su

marido de la grosería de don Valente; pero no lo hizo por evitar disgustos y escándalos, aunque estaba ciega por la indignación.

—¿Qué idea se habrá formado de mí ese señor? se decía á sí misma, colérica y sin poder conciliar el sueño, cuando se hubo metido en el lecho. ¿Por qué me trata así? ¿Por qué no me respeta? ¿Qué motivo le he dado para que me juzgue liviana?

III

Antes del concierto

—Estamos haciendo locuras, dijo Berta á Joaquín cierto día, poco después de aquella noche.

—¿Por qué, hija?

—Porque gastamos sin medida.

—¿Qué remedio! Preparamos nuestra presentación ante el público.

—Hemos pasado años trabajando y sujetos á una economía estricta; y de un momento á otro, faltamos á nuestro sistema. Mira, Joaquín, ¿para qué nos metemos en honduras, cuando vivimos tan contentos, sin que nada nos sobre, pero también sin que nada nos falte?